Café

Ce Maldonado

Image not found.

Capítulo 1

Y sin embargo estás acá, vos tan de nadie. Y me mirás como quien mira a un pelotudo. – Ya sé que llego tarde —. Como tantas veces, llego tarde. Retiro la silla de la mesa del café y mientras coloco mi abrigo en el respaldo, noto la ironía de traernos acá esta noche. Fue acá donde vinimos aquella vez, la primera. Fue acá donde empezó el juego del pelotudo y la princesa que lentamente se iría transfigurando hasta esta cosa (si acaso lo sos) sin forma. ¿A dónde fueron a parar tus colores? Ya no te parecés en nada, te juro que te miro y me da bronca. A veces me río, pero igual te miro y me da bronca. Y eso que tu madre es una divina, si tuviera veinte años menos me la levantaba y la llevaba a conocer la quinta de Gerard. Seguro nos emborrachábamos con *Pinot Noir* y al carajo todo. Los vecinos, el laburo, las tristes paradojas. Cortar una flor tan sólo para verla marchitarse.

A veces sos tan predecible que me siento tentado a decir las cosas antes de que salgan de tu boca. El mozo me mira como si yo tuviese la respuesta (y sí, la tengo) mientras vos volvés a revisar el menú. No sé para qué, si es siempre lo mismo, café con leche y medialunas. Sos tan predecible, tan aburrida. Como las veces que llego a casa y no te encuentro en el sofá. Yo sé que estás atrás, en la cocina, porque siempre tenés que regar las plantas a las ocho, como la vez que te saliste de la fila en el supermercado y me dejaste solo con la sal y los tampones. Ok, fue divertido, pero eran otros tiempos y yo debí tener cara de cualquier cosa, menos de marido. Y tal vez sea ése el problema, que para vos yo soy nada. Al menos tus plantas saben que te verán a las ocho, siempre a las ocho. ¿Y a mí, qué me queda? La cena en el horno para comerla solo, mirando las noticias o. . .

– Café con leche y medialunas.

¿Viste? Café con leche y medialunas.

Recuerdo la vez que vinimos acá y pediste lo mismo. Tu cara sin maquillaje y mis manos temblorosas, encendiendo cigarrillos como si fuesen bocanadas de oxígeno. Era primavera y la señora de la mesa contigua no paraba de reír por algo que leía en una revista de chismes de farándula. Te dije que me parecía graciosa la forma en que las personas

escapaban del tedio, endulzando sus labios en la miel ajena. Recuerdo todo como si acabara de pasar, o peor aún, como si estuviese por ocurrir y de alguna forma extraña yo lo supiera, como un mago, como la vez que te vi tomada de la mano de ese flaco y supe que serías mía, que no podía ser de otra forma. Yo no sé, negra, ¿qué querés que te diga? Lo sabía, simplemente lo sabía.

Ahora te miro sorbiendo el café con leche como aquella vez, como una nena. Y sin embargo no sos vos, sos la misma, pero no sos vos. Te falta algo, se te perdió o te lo robaron. Quizá sea el maquillaje de oficina o las noches acumuladas de regar las plantas siempre a las ocho, mientras yo, cenando solo, sonriéndole a la tele, como la señora con la revista o la mina de la caja del supermercado, te miro por el umbral de la puerta y desearía que volvieras a mí, con tu cara sin maquillaje, tan hermosa, a sorberme el café con leche, o simplemente para decirme que sí, que lo dejarías por mí, que te quedarías conmigo.

Pero no, vos no volvés, te dormís temprano o te quedás en la mesa, llenando planillas o qué sé yo, pero te ves tan seria, tan aburrida. Te juro que siento asco, nos miro y siento asco. Es tan repugnante la idea de subir y tener que bancarnos el silencio, dormir juntos como si estuviésemos solos, sin tocarnos. A veces me llega tu aliento desde el otro lado de la cama y por un instante sos la misma, pero no, inevitablemente estamos solos, y tengo que mover tu mano que sin querer se ha posado sobre mi hombro. Sería peor si despertaras y la movieras por tu cuenta, o peor dormirme y despertar con el hombro desnudo.

– ¿Qué fue de nosotros, negra? — ¿Por qué no podemos ser los mismos?

. . .

– ¿Regaste las plantas?

– Sí.

Fue en marzo, creo, la vez que entendí todo. Lo pienso ahora mientras te miro, como si te lo soltara de golpe en la cara (aunque tal vez debiera hacerlo) y vos, terminando tu café con leche, sacando los anteojos del bolso. Quizá debí quedarme en casa y no correr a tu oficina como un nabo, pero quería contarte y había estado todo el día pintando, ya sabés, *La Ninfa y El Fauno*. Quizá debí quedarme, pero tenía ganas de verte y tus dos horas de camino a casa me habrían vuelto loco, además, no todos los días le dicen a uno que van a llevarlo a Berlín y exhibirle los cuadros. Y bueno, el resto ya lo sabés, llegar a tu oficina y sentirme en otro mundo, ¡Qué serios todos, che! Cuánto traje y papeleo. Por eso nunca quise ir, y yo que soy depresivo, pero bueno. Tal vez por eso tu cara de estupefacción al verme, tal vez por eso el rubor en tus mejillas mientras explicabas a los oficinistas curiosos que tu marido era artista, que por eso la facha de vagabundo, que ya casi termino, que esperame afuera, que ya voy.

Pero qué felices fuimos al comienzo, cuando todo era aventura. Vos yendo y volviendo en el subte, ¿te acordás? Como hormiguita, en medio de ese estallido furioso de gente que va y viene por la vida, sin recordar muy bien desde dónde ni saber del todo su destino. Y así pasábamos los días, vos terminando la carrera y yo juntando pesos, haciendo cualquier cosa para llegar a fin de mes. Y el mono-ambiente con la cama y la mesita para servir la pasta, la carne molida ruborizada por los tomates que robaba del balcón de Don Anselmo, el pobre.

Entonces no había tele y era hermoso, como mirarnos a los ojos durante horas, creo (ahora me parecen horas, te lo juro) después de hacer el amor, como a escondidas. Porque las paredes tienen oídos, y más si al otro lado está la Josefina con su ceño fruncido. Le caí mal desde el comienzo, recuerdo – cómo una nena como vos con un mamarracho como éste — te decía. Y yo que casi no dormía por espiarte el sueño, que a veces me acercaba para rozar tus labios y sentir el aliento tibio que te brotaba de la boca como un suspiro, y yo te amaba.

Después San Telmo y el olor del pan a la mañana, los lienzos tirados en el living y el piso manchado de pintura. Los vecinos menos hinchas y la tele para mirar a Mirta. Era una fiesta la vida, pasar de pobres a menos pobres. Mi primera galería y vos escalando en la Bolsa de Valores. Te

veías tan linda de traje, tan linda que te compré una cajita de música.

Te confieso que lo extraño un poco, negra. No sé por qué, pero lo extraño. La casa en Belgrano me resulta demasiado, tal vez nuestro silencio la vuelva demasiado. Demasiado fría, demasiado grande. Y es que en realidad yo no esperaba tanto, pero vos y tus cenas de negocios y tu cartera de Prada, las vacaciones en Marruecos y descubrir mi cajita de música durmiendo en la bodega, entre los trastes viejos, porque no combinaba, porque no era Chic. Y yo viajando a Berlín, quedándome unos meses más de lo esperado. Y después Bruselas, Londres, París.

Y ahora vuelvo y te cansaste, me decís que te cansaste, que preferís estar sola, como si ya no lo estuviéramos. Y después de tres noches en un hotel, nos encontramos acá, precisamente acá, como si no fuese ya suficiente la certidumbre de eso que estás por decir pero tu boca aún no se atreve. Llamás al mozo y le pedís un whisky, cigarrillos y la cuenta. Y mientras se aleja vas sacando los papeles de un sobre amarillo, explicándome los términos legales, de qué sé yo, de cualquier cosa. –¿Seguro que no querés tomar algo?—. Como si te importara.